

ÁNGELES.— Así ¿cómo?

AMINA.— Se murió. Se ahogó, bah. Como mi ratita. “Tode Des Ertrunkens”.

ÁNGELES.— ¿Qué decís?

AMINA.— “Muerte por ahogo”, lo que sentencia el padre al hijo en *La Condena* de Kafka.

ÁNGELES.— Y el hijo se tira al río...

AMINA.— Se arroja. *(Le saca el tarro. Pausa.)* Y ahora sí: podés ir.

Se miran. Larga pausa. Ángeles sube con dificultad, por la canaleta. Se arroja. Su cuerpo cuelga.

AMINA.— Mis ratitas, caray... son lo más parecido a los hijitos... *(Canta.)*

OJOS DE CIERVO RUMANOS

Noche de lluvia en la ciudad. Departamento de un ambiente. Todo cubierto de maceteros con plantas de naranjas altas y frondosas. Al fondo un árbol-naranja, viejo y seco. Sobre la pared de atrás, una construcción de madera verde y enrejillada. Unas celdas romboidales a modo de confesionario. En ese cajón-confesionario-invernadero, hay más plantas de naranja, en distintos momentos de proceso, instrumental diverso y un ventilador de aire caliente. Del árbol, cuelga un pulóver.

De las sucesivas mudanzas queda sólo un sillón (en medio de las hileras de plantas).

Sobre la derecha, una pared verde de naranjos, y detrás de ella un hombre (Benya), en un combinado.

En el cajón-confesionario-invernadero están Padre y Dacia.

El pasado se repite en una dimensión reducida, en una escala ínfima. Marco asfixiante. Los personajes (Padre-Dacia-Benya) nunca saldrán de escena. No hay salida. No hay afuera. Sus encuentros, hasta la última escena, son fragmentos que podrían suceder en este orden o en cualquier otro. Ininterrumpidamente se encuentran y se pierden. Se encaminan a un nuevo orden que desconocen. Todo parece desencadenarse a la tragedia. Sin embargo la lluvia se detiene (lo mismo había sucedido antes) y acontece un nuevo orden. Una nueva asfixia.

ESCENA 1

(EL PASEO- INJERTO)

El padre trabaja con las plantas, la hija dentro del cajón.

DACIA.— Papá, no entendí nada.

PADRE.— Que hace 35 años, llueve, temporal digo... Llego a casa de las plantaciones...

DACIA.— No. No entiendo por qué dijiste ciervos.

PADRE.— ¿Ciervos? Y porque aparecían ciervos ahogados, débiles... se caían a los arroyos, o por los vellos, las rumanas son así: Peludas. No, no sé.

DACIA.— ¿Pero era un 13 de julio como hoy?

PADRE.— Sí, sí, 13 de julio... pero no es el día de tu nacimiento, o un poco sí, digo (no exactamente)... el primero podría ser...

DACIA.— ¿Ves, papá? No se entiende nada. Ves cómo sos. Vos me dijiste que me ibas a contar todo porque era mi cumpleaños. (Mi cumpleaños 35). Contame del 13 de julio cuando yo nací....

PADRE.— Que ese día, el 13 de julio... Dacia, yo te robo.

DACIA.— Papá, ¿me robás?, ¿a quién?, ¿cómo?, no entiendo... no... hace 35 años...

El padre va hasta el cajón y sale con la hija en brazos y la engancha al tronco del árbol.

PADRE.— Hija, paseemos...
El padre sube al árbol y descuelga el pulóver.

DACIA.— ¿El pulóver?, ¿me das el pulóver? Gracias. ¿Es mi regalo de cumpleaños? ¿Es eso? Me vas a contar... Paseemos en dirección Sudoeste.

PADRE.— El mismo pedido de tu madre.
Dacia enganchada al tronco del árbol. En brazos del padre.

PADRE.— Vamos en auto. Con tu madre. El auto se desliza a una velocidad de 60 km por hora. Camino despejado. O parece. Quiero decir vamos bien.

DACIA.— (A la vez.) Sí, en auto, con mamá, 13 de julio. Vamos bien.

PADRE.— Ella, quiero decir tu madre, tiene un vestido natural de jersey muy corto (beige, de jersey beige). Le toco la panza, y te toco a vos.

DACIA.— Beige. Corto (como el mío). Yo estoy ahí, en la panza.... Pongo la radio.

PADRE.— Esperá. Ahí, me mira con los ojos fijos...

DACIA.— ¿Mamá? ¿Qué expresión?

PADRE.— Entre agradecida y prometedora.

DACIA.— Y los ojos, ¿cómo son los ojos?

PADRE.— Uno amarronado y otro virando al verde. Está ausente, como siempre, pero igual me mira y los ojos...

DACIA.— Uno verde y otro marrón. Sensación de desasosiego, de vergüenza.

PADRE.— Prendamos la radio.

DACIA.— Sí.

PADRE.— Visibilidad escasa, pronóstico más lluvias, tormentas eléctricas...

DACIA.— Lluvias... eléctricas... ¿Qué más?

PADRE.— Música.

DACIA.— ¿“Trasponiendo cielos”?

PADRE.— Sí, el disco de tu madre, el más famoso.

DACIA.— Cómo me gusta escucharla, cómo me gusta el rumano... es tan oblicuo.

PADRE.— ¿Oblicuo?, no, obtuso, obtuso e inentendible. Me irrita no entenderla, no entenderte, “no cantés en rumano, cantá en castellano”, le pedía. Nunca pude convencerla de nada.

DACIA.— ¿Pero la amabas? Porque la amabas, ¿no?... ¿Por qué ella? ¿Por qué rumana?

PADRE.— Por la tierra, eso fue lo que me llevó a tu madre. Dos países con buena tierra, tierra bendita, eso dará buen fruto, pensé.

DACIA.— ¿El buen fruto soy yo o las naranjas?... Mirame, papá.

PADRE.— Basta. Se acabó el paseo.
El padre intenta descolgarla del árbol.

DACIA.— (Colgada del árbol, resistiendo.) Paseemos, ahora que me diste el pulóver. No me ibas a contar qué pasó el 13 de julio, cuando yo nací, de qué robo hablaste...

El padre la traslada en brazos hasta una maceta. Le pone las piernas en una maceta con tierra, la planta. Pequeña resistencia de Dacia.

DACIA.— (El padre la planta.) El barco-bañito, no. No, estoy bien. Hacé bien el hoyito. No necesito tierra. Estoy bien. Hacé bien el hoyito. Paseemos, por favor, paseemos.

PADRE.— Tenés los ojos secos, raros. Necesitás jugo. (Creo que todavía puedo.) (Le saca el pulóver.) Ya vuelvo.
El padre va al cajón-invernadero.

DACIA.— Papá... no... El pulóver, papá... Años que me prometés, años: “Dacia: no va a haber paseo como el del pulóver”. Así me decías.

PEQUEÑO CANTO RUMANO

BENYA.— *(Entra por la pared de naranjos con un combinado.)* Yo nací y llovía. *(Escupe el suelo.)* Perdoname. Tenía que decírtelo... La voz de mi mamá. Su mismo canto. Me acerca. ¿Puedo conocerte?

DACIA.— ¿Te gusta? Es un tartamudeito, nada más. Un impulso canto.

BENYA.— Siempre paso por las disquerías, y ayer justo con lo que llovía te vi, bueno: te escuché. *(La ve enterrada en la maceta.)* ¿Estás bien?

DACIA.— ¿Por esto? No es nada. Un problemita en la columna de nacimiento... la tierra cura, ¿viste?

BENYA.— Y la música. Acá los tenés. *(Abre el combinado.) (Pausa.)* Impulso, ¿dijiste impulso?

DACIA.— Impulso, imposición, imperativo, impropio, imprecativo. *(Pausa.)* Soy imprecisa, ¿no?, digo, no es mi propia decisión, canto.

BENYA.— Y después me dijiste que te llamás Dacia. Demasiado.

DACIA.— Dacia, te gusta, es un nombre raro, sí. Lo raro es que no nos hayamos cruzado antes. Todos los días recorro casas de música, discos, esas cosas...

BENYA.— Dacia, entre otras cosas, es la provincia más antigua del Imperio Romano. Y no exactamente, pero es muy parecido al territorio actual de Rumania. Además, ahí nace, del latín ¿no?, la lengua rumana. Y yo también: Yo nací en la lengua rumana.

DACIA.— Cómo sabés.

BENYA.— Acá los tenés. *(Saca discos.)*

DACIA.— Tratémonos como hermanos. ¿Querés tomar algo?... *Benya se sienta en el sillón. El sillón se desarma, cae tierra.*

DACIA.— Un jugo de naranjas... En la última mudanza se rompió y papá lo rellenó con tierra. Hay que saber sentarse, si te apoyás... Un té de naranjas...

BENYA.— Está bien, no te preocupes.

DACIA.— ¿Jugo de naranjas, un té de naranjas...?

BENYA.— Té, está bien. ¿Hermanos? Dijiste hermanos ¿no?... Yo... prefiero sentirte mamá.

DACIA.— Mamá es Rumania. Té de naranjas, ¿no?

BENYA.— Para mí Rumania es lluvia. O la lluvia, Rumania. Sí, gracias, de naranjas está bien, muy bien. Para otros será París. *(Le pasa discos.)*

DACIA.— O Londres.

BENYA.— Sí, o Londres... Magda, Zaharia, Lucian Blaga... Maria Luca... ¿Y el té?

DACIA.— No. De Iris, dame de Iris.

BENYA.— Dragomir, es varón pero es excelente... ¿Iris?

DACIA.— ¿Pero son rumanos?, ¿rumanos de los 50?

BENYA.— Sí. (¿Y el té?)

DACIA.— ¿Y cómo no hay de Iris?, no entiendo...

BENYA.— Iris, Iris, no... No... ¿Estás segura que es rumana?

DACIA.— Por favor, la cantante más famosa de los 50. Quedamos en eso. Traías toda tu colección de música popular rumana de los 50. No conocés a Iris... No te hablo más.

BENYA.— No te pongas así, es una colección de 400 nombres.

DACIA.— Iris es mi mamá.
Silencio.

BENYA.— Bonito el nombre, digo... para madre. Iris... es nombre de flor o de diosa... en la mitología antigua Iris es la unión del Cielo y la Tierra, entre los dioses y los hombres, como el arco iris. Hija de Taumante y Electra, pertenece a la raza del Océano por línea paterna y materna y por consiguiente hermana de las Harpías...

DACIA.— Bla, bla, bla. Pará. Todo el tiempo, bla, bla, bla... Yo tenía su disco más hermoso, "Trasponiendo cielos", y lo escuchaba todas las noches cuando papá salía a hacer la última recorrida por las plantaciones. Los escuché tanto que los rayé, los rompí... no sé... tantas mudanzas, tantos cambios, se me fueron perdiendo. No los supe valorar. Cuando uno es chico... es así... no valora.

BENYA.— ¿Y no será por eso que cantás? Cuando decís impulso, ¿no será eso? *(Dacia lo mira.)* Tu papá se va, no está, va a trabajar o pasa algo, no sé, se enoja, y ahí *(Le imita el pequeño canto rumano.)* es coherente, como decirle

“no sos lo único que tengo”. (*Imitación más corta.*) Más que a él como decir-telo vos misma... una afirmación... (*Imitación corta.*)

DACIA.— Desencandilarse (*Pausa.*) ir hacia la fertilidad de las luminarias... o hacia una luminosidad no estéril... o una fertilidad luminosa aria... lumina Asia Aria

BENYA.— Yo decía... (*Preciso.*) No esperar. A tu papá ¿no? Pero es lindo... a ver, pensemos: Luminosidad no estéril sería (*Tiempo.*): Iluminar el futuro. Futuro por los hijos... que están oscuros. Que una luz madre dé hijos... que los hijos estén a la luz. Porque vos dijiste fertilidad y “dar a luz” es parir: vos querés decir o decirle: Iluminar el Futuro.

DACIA.— Yo no quiero decirle-me nada. Yo te digo que tengo un impulso canto. Algo simple, coherente, lógico. Y si no lo entendés... (*Se pone mal.*) es un impulso, un pequeño... no lo puedo continuar, un tartamudeo (*Llora.*) un tartamudeito, nada...

BENYA.— (*Busca otros.*) Tengo más. Son 400... Alguno de Iris tiene que haber... Iris, así, ¿solo?

DACIA.— Iris es el nombre artístico. Se llamaba Sofía María Banus. También lindo nombre, ¿no? Sofía María Banus... sí, qué lindo... pero no me dice nada... conozco más a Iris. Iris, Iris, una cantante famosa. La veo en un escenario, canta a todos. La aplauden. ¿Te das cuenta? Más de todos que mía.

BENYA.— Estás hermosa.
Se acerca. Dacia le da una cachetada.

DACIA.— Vos me hacés ver cosas tristes. ¿No ves que hablar con vos me hace mal? ¿Ves? Vos, sos vos que me hacés ver cosas tristes. Andate.

Benya se va. El padre sale del cajón-invernadero y trae naranjas. Viene con el pulóver atado entre las piernas. Aprieta una naranja entre su axila y brazo. El jugo cae en su mano. Dacia chupa el jugo entre los dedos de su padre.

PADRE.— Tomá.

DACIA.— Ay, papá, vos me vas a ayudar. ¿No? Iris fue más de todos que mía. Y eso es triste... y yo ni siquiera puedo conseguir un disco suyo, ni siquiera... cantar una canción... entera.

PADRE.— Son los ojos, Dacia, se te están secando. Tomá. ¿Ves que puedo? Tomá.

DACIA.— Basta. Papá, no quiero más...

PADRE.— No, no, no. Dacia, tenés que nutrirte. Ahora que todavía hay. ¿No entendés? (No hay tiempo)... Estamos en una situación delicada. A ver, un poco más. (*Dacia casi ahogada.*) Sigamos con el paseo.
El padre se sienta dentro de una maceta grande. Dacia se recuesta sobre el padre. Provecho de Dacia.

PADRE.— El mismo gesto de tu madre.

DACIA.— ¿Cómo son sus gestos, papá?...

PADRE.— Así... livianos... sin preocupación, sin peligro.

DACIA.— Sensación de amparo. Me siento leve, despreocupada. Desapareció todo. El mundo es el interior de este auto desplazándose bajo la lluvia... Estoy contenta.

PADRE.— Yo también. Y no me avergüenza decirlo: contento, Dacia. Esta felicidad chiquita, de la capacidad de un auto... mediano. Así, así fue el clima de tu nacimiento. Hace 35 años. De tu primer nacimiento, para ser precisos.

DACIA.— Me mojo, no entiendo... Siento algo tibio. Me mojo. Me voy a quedar seca, papá... Me mojo...
El padre mira entre las piernas de Dacia. La levanta. Le chorrea un jugo blanco. El padre observa el jugo entre sus dedos. Se los lleva a la boca.

PADRE.— Maduraste, Dacia.

DACIA.— (*Llora.*)

El padre arranca hojas y las prepara automáticamente, a modo de colchoncito. Le baja la bombacha y se lo pone.

PADRE.— Una madre te hace falta. ¿Te das cuenta? Decime si ella no tendría que estar acá. No es nada... es un jugo... es normal, natural, quiero decir. Tenía que suceder.

DACIA.— ¿Qué es esto?

PADRE.— Una savia concentrada, blanca... pesada. Nada más.

DACIA.— ¿Me rompí? Es eso, ¿no? Me rompí.

PADRE.— Estás creciendo, Dacia. (Sos señorita.) Una naranja puede ser de maduración temprana, intermedia o tardía. Bueno, es eso. Vos sos tardía.

DACIA.— (*Llora.*) ¿Me voy a secar, papá?

PADRE.— Una maduración en la tercera quinta parte de la vida. Es eso. ¿Entendés? Maduración tardía, Dacia. El tiempo de la naturaleza.

DACIA.— Sí, más o menos... sí, bueno sí... ya estoy bien... una savia concentrada, pesadita...

PADRE.— ¿Sabés que esto puede ayudarnos? Naranjita tardía. Me entusiasman las señales de la naturaleza. Es una buena señal. Si se retrasan las maduraciones vamos a poder llegar a completar las injertaciones antes que el floema...

DACIA.— Sí, papá, no te detengas, no frenes... blanquita...

PADRE.— Y además vas a entender. No interrumpas más. Y yo voy a poder contarte todo, y más, contártelo con alegría. (*Desata el pulóver de su pierna y se lo da.*) Sigamos con el paseo.

DACIA.— ¿Con el pulóver? ¡Me vas a contar todo! Paseemos en dirección Sudoeste.

PADRE.— (*La levanta en brazos.*) El mismo pedido de...

DACIA.— Pero contame bien. ¿Qué pasó en el auto? (*Van al árbol.*)

PADRE.— Tu madre anuncia un vómito. (*Gesto de parir.*) Yo apago la radio.

DACIA.— ¿“Transponiendo cielos”?

PADRE.— Sí, y preparo el pulóver. (Sin indecisión.) Quiero decir, me lo saco.

DACIA.— Ausencia de nerviosismo. Y de música.

PADRE.— Exacto. ¡Entendés!: Pero un momento francamente tenso. El auto se mueve por el viento, se bambolea, temporal. Lluvia. Tu madre empieza a contraerse; gira, salta... La sostengo con el brazo izquierdo y con el derecho estiro mi pulóver sobre el asiento delantero. (*Sube al árbol.*)

DACIA.— Estoy por nacer... Ay, papá vení conmigo.

PADRE.— (No puedo, no puedo, escuchame.) Ella se yergue. Majestuosa. Golpea la cabeza contra el borde superior del parabrisa, da un rebotecito sobre el tabletero, salta sobre el asiento y queda en cuclillas.

DACIA.— ¿Será una danza rumana? ¿Baila?, mamá digo, ¿baila?

PADRE.— Los brazos, agarrados del pasamanos derecho, bien extendidos. Y la boca, Dacia, muy abierta. La punta de la lengua tensa, perpendicular al parabrisas.

DACIA.— ¿Y los ojos?

PADRE.— Altos, erguidos, fijos a la luz del techo. Extrema atención al farolcito.

DACIA.— Las cantantes famosas están acostumbradas a la luz, al brillo. Pedile que cante.

PADRE.— Shhh!!! No molestes a tu madre ahora. Ahí está: en cuclillas sobre el asiento, agarrada del pasamanos, con la lengua afuera y los ojos fijos al farolcito y viene: Es un chorro como un vómito que expulsa de la vagina al pulóver. Un jugo espeso y condensado... jugo tipo Fisher rugoso o Hamlin red...

DACIA.— (Papá... yo) cada vez me mojo más. Me enceguece el brillo, el resplandor. ¿Un jugo-madre? Nunca vi tanto... ¿cómo se dice “luz” en rumano, papá? (*Grita.*) Tapá el farolcito, tapalo. Es la llama de un relámpago.

PADRE.— Sí, llueve. Es día 13 de julio. Once menos cuarto de la noche. Sí, Dacia, lo tapo, ya lo tapo... Y ahí (en ese momento)... te robo. (*Baja un poco, hasta Dacia.*) “Lumina”, se dice “lumina”.

DACIA.— No entiendo.

PADRE.— Luz: lu-mi-na, se dice.

DACIA.— ¿De qué hablás, papá? ¿De qué robo hablás?

PADRE.— Del pulóver. Lo robo porque te cubre a vos, ¿entendés? Vos estás ahí adentro, desparramada. Prematura.

DACIA.— ¿Con mamá qué hiciste? El pulóver, así ¿se lo arrancaste?

PADRE.— ¿Qué querés que hiciera, que te dejara chorrear por el piso del auto?

DACIA.— Mamá...

PADRE.— ¿Eso preferís?

DACIA.— Preferiría mi mamá... mi...

PADRE.— ¿Tu mamá? Tu mamá sigue ahí, con los ojos fijos al farolcito. Quiere luz, lumina, si preferís, digo lumina. Yo lo único que puedo hacer es aplicar

todas mis técnicas, mis conocimientos: el injerto. Nodriz, puenteado. Cúpula no, porque el grosor del pie y el vástago tiene que ser idéntico.

DACIA.— ¿Y yo?, ¿dónde estoy ahora?

PADRE.— En el pulóver todavía. Te tengo con la mano izquierda. Con la derecha rompo las costuras del pantalón. No tengo herramientas para el injerto, y cuando pienso en el espejito del auto y lo estoy por arrancar, ahí tu madre, encandilada y todo, le da un cabezazo y lo rompe. Encima astilla el parabrisas (un enchastre, es peligroso), yo tengo miedo por el pulóver (estás vos ahí, prematura)...

DACIA.— Tené cuidado, con las dos. Cuida-me-dala.

PADRE.— ¿Te das cuenta cómo es tu madre? Se nota que no quería que use el espejo. Y me da un disco...

DACIA.— ¿“Transponiendo cielos”?

PADRE.— Sí (de dónde lo saca no sé, de abajo del asiento, de un bolso, eso no lo sé), lo parto contra el tablero...

DACIA.— (*Llora.*) ¿“Transponiendo cielos”?

PADRE.— Y con el filo me abro de una vez el muslo.

DACIA.— Me mareo (encandilo, araño, resbalo, desmembrano, disuelto). Me mojo.

PADRE.— Por favor, esperá, ahora no hay tiempo: estoy con el muslo abierto. Con el filo me voy rebanando capas de piel y carne de 2 cm de ancho. Hay que preparar la carne, es importante que se conecten los jugos... necesitamos una superficie lisa y desprotegida de piel para hacer los cortes propiamente dichos, las incisiones...

DACIA.— Papá, ya está. Me mojé toda. (*Dacia cuelga del tronco.*)

PADRE.— ¿Ahora? Justo que estábamos llegando. (*Baja del árbol, la examina.*) Algo falló. ¿Será que estás débil... vos también... y es mi culpa? (*La lleva a la maceta.*) *El padre vuelve a plantar a Dacia en la maceta.*

DACIA.— ¿Qué me pasa?... El baño barquito no. Hacé bien el hoyito. Sigamos con el paseo.

PADRE.— (*Prepara elementos de trabajo.*) Estás débil... no te preocupes, es debilidad, si no, no tendrías tanto jugo, es natural, las plantas aumentan su producción de jugo para defenderse de las carencias nutritivas de la tierra.

DACIA.— Sigamos con el paseo. No entendí bien todavía.

PADRE.— (*Le sube el vestido, empieza a trabajar.*) Sí, sigamos. Primero vamos a cambiar el elemento de sujeción (las hojas fallaron), después un poco de jugo. Eso es lo que necesitás...

DACIA.— Pero sigamos con el paseo... necesito mamá, ¿dónde está?

Dacia llora, se mueve, molesta al Padre con las mangas del pulóver. El Padre le ata las manos con el pulóver.

PADRE.— No puedo pasear con vos, arreglarte la sujeción (así no perdés más jugo y no te asustás) y preocuparme por tu mamá...

DACIA.— Está bien, paseemos solos. Pero ¿y yo dónde quedé, dónde estoy?

PADRE.— (*Le saca las hojas que quedaban mal colocadas y le pasa una vendacinta a modo de sujeción entre las piernas.*) En el pulóver, todavía estás en el pulóver, pero yo ya tengo la pierna preparada. Hago las dos incisiones sobre el muslo: Una a izquierda y otra a derecha, apenas en diagonal. Forma de T, pero invertida. El punto de arranque del corte inferior (el más largo) pegado a la ingle...

DACIA.— ¿Sería la rayita de la T?

PADRE.— (Claro, porque está invertida.) El corte superior (más cortito)...

DACIA.— La rayita de abajo de la T, casi un puntito, porque está invertida, ¿no?

PADRE.— Ése a cinco dedos de la rodilla. Enseguida. Abro el pulóver (te saco) y te incrusto en la herida (*Dacia llora.*) es natural, es lo que se llama inserción del vástago.

DACIA.— Basta. Me impresiona. ¿Y mamá...?

PADRE.— (*Le pone una naranja entre las piernas, sujeta por las cintas.*) No, no te muevas ahora (no quiero que te chorree más).

DACIA.— Bueno y qué...

PADRE.— Apoyo tu cabecita en la ingle y los pies a la rodilla. Hago una fuerte presión con los dedos. Eso es el puenteado. Hay que apretar bien los extremos del vástago adentro de cada incisión o herida. Bien incrustados. Después sí... el corte, longitudinal, uniendo las dos incisiones, 30 cm de largo, más no tenías. Y encima... la capa de piel y carne recién arrancada. Se cubre todo. El brote reposa en el tronco, quiero decir vos estás en mi muslo.

DACIA.— Basta... Vástago... Me impresiona. *(Se mueve, pataditas.)*

PADRE.— Esperá (quieta, ya casi terminamos). Falta nada más que el elemento anudante: un cordón. Ya sé: el pulóver.

DACIA.— Mamá. *(Grita y pateo más, casi yéndose de la maceta.)*

PADRE.— *(La sujeta.)* Está en el asiento trasero. Cuando me da el disco se tira para atrás, boca arriba (por no dejar de mirar el farolcito), las puntas del pelo le golpean la cintura (un pelo largo, mullido, lindo pelo), y ahí quedó... como muerta, desmayada, bah... Dame el pulóver. *(Se lo saca y se lo enrolla en la cintura.)* Lo hago girar en forma espiralada ascendente entre mis piernas. Cuando la malla está lo suficientemente apretada, listo. *(Le baja el vestido, la acomoda.)* Ya está hecho. Soy otro. *Silencio. Se miran.*

DACIA.— ¿Cómo otro? ¿Otro qué?

PADRE.— *(Prepara jugo.)* Otro, no sé. Tomá. Estás débil. Necesitás jugo.

DACIA.— No quiero.

PADRE.— Tomá.

DACIA.— No. Necesito ver la cicatriz.

PADRE.— ¿Qué decís?

DACIA.— Las costras, las cicatrices, las adherencias, lo lastimado, lo que te pegaste de mí.

Tironea de los pantalones. El padre les abre las costuras de un tirón y le muestra.

PADRE.— Es natural, yo soy varón y nací del sexo de una mujer, y no es ninguna vergüenza. Las yemas se hacen plantas grandes, hermosas, prendidas de un tronco madre. Es natural... Un día y medio pegada ahí...

DACIA.— *(Se asoma, espía.)* Papá...

PADRE.— *(Se sienta en la maceta grande.)* ¿Qué pasa?.. hablá (no me decís nada), ¿querés irte? *(Tiempo.)* ¿Preferís irte? *Dacia ahogada, no puede hablar. El padre la mira.*

DACIA.— No, no... *(Pensaba.)* Por ahí no es que... me robaste, papá. No es robo... Es raptó. Eso, ¿ves? Raptó por amor, y soy yo... yo, la que se ofreció al

raptó... Qué linda historia, papá. Gracias... Me gusta esta historia, mía, nuestra... como "las célebres raptadas", como Cirene y Apolo, Helena y Teseo, Persefone y Hades...

PADRE.— No, como Bonnie and Clyde, siempre juntos, huyendo juntos.

DACIA.— Sí, huyendo juntos, huyendo... ¿De qué huíamos, papá? Me ahogo, seguí, siento el corazón tic-tac, por favor, seguí, tic-tac, tic-tac-tic...

PADRE.— Tranquila, cangurita-taroca. No sé: 1° Cómo voy a nutrirte. 2° Yo teta no tengo. 3° No quiero lastimar la cicatriz. Ni lastimarte. 4° Llega un impulso (tranquila), una orden natural: Doy el último tirón y desprendo el pulóver de la pierna.

El padre levanta a Dacia de los pelos. Las dos caras juntas.

PADRE.— Y ahí sí: Te chupo. Tenías la cara con una espumilla gelatinosa... sanguinolenta. Estamos en las plantaciones. Es día 15 de julio. *(No llueve.)* Cuatro y cuarto de la tarde.

DACIA.— Nazco, papá, nazco.

PADRE.— Y las babas nos unen. *(Son delgadas pero nos unen.)* Estamos en las plantaciones.
Es día 15 de julio.....
Dacia se cae.

PADRE.— Otra vez. *(La levanta.)* Nacés y una catástrofe. Nacés y una catástrofe. La primera vez el incendio de las plantaciones, y ahora la tristeza de los cítricos.

DACIA.— ¿Qué decís, papá? ¿Querés que mi cumpleaños sea pasado mañana? No me importa, 15 de julio. Lindo día también.

PADRE.— *(Lleva plantas al cajón-invernadero.)* Dacia, no ves que las naranjas se caen antes de tiempo. Prematuras. ¿Sabés por qué?, porque se muere el floema. Y esta vez es mi culpa. ¿Por qué usé pies de naranjos agrios, sabiendo que es una especie extranjera? Es mi culpa. Los nuevos injertos no dan abasto. No pueden contrarrestarlo. Se multiplica la plaga. A mayor humedad, mayor radio de propagación. No quería decírtelo. ¿Te das cuenta? ¿Cómo voy a nutrirte?

DACIA.— No necesito jugo, papá, no te preocupes. Necesito...

PADRE.— *(Ya sé):* el pulóver nos va a ayudar... el pulóver y la tierra. Voy a erradicar esa plaga... Yemas libres de tristeza, te lo prometo. *(Entra al cajón-invernadero.)*

DACIA.— No, el pulóver no, papá, no te lo lleves. El pulóver es mamá también, ahí estamos los tres (los jugos de los tres). Como una foto familiar.

PEQUEÑO CANTO RUMANO

ESCENA 2
(LOS JUGOS)

BENYA.— Yo nací y llovía. (*Escupe el suelo.*) Perdoname. En un camino...

DACIA.— Eso ya me lo dijiste. ¿Me das tu pulóver?

BENYA.— (*Llora.*) A mi mamá la arrojaron de un auto, embarazada. Y eso no lo sabías. Y yo nací ahí (justo ahí) en ese... desamparo...

DACIA.— ¿Me das tu pulóver?

BENYA.— Un árbol, había nada más un arbolito. ¿No te da pena? (*Llora más.*) Dos años estuve con ella. Nada más. Dos añitos. Vivimos en “LOS DOS NARANJOS”. Era el nombre de la casa. En mi barrio la gente le pone nombre a las casas. Un cartelito, era lindo, verde... los dos naranjos, decía, letra manuscrita.

DACIA.— ¿Y el pulóver?

BENYA.— Me dejó porque conoció a un hombre que se nota que no le gustaban los chicos... No entiendo, qué tiene que ver el pulóver, ¿no ves lo que te estoy contando? Dos años tenía. Mi mamá incendió la casa y se fue con él. Quedó el cartel solito.

DACIA.— No entiendo mi pulóver, no entiendo. ¿Por qué a los hombres los desconcierta un simple pedido? Un pulóver te pido. Nada más.

BENYA.— (*Llora.*) No sé. Esos cantos-tartamudeos-itos-impulsos me traen... Necesito contarte esto... aparece un pulóver: ¿O yo me estoy enamorando o vos tenés frío?

DACIA.— No. Yo quería el pulóver. Pero dejá, ya está. No importa. Igual no es ése el pulóver que quiero... (*Llora.*) me parece.
Benya se acerca.

DACIA.— Nunca me enamoraría de un hombre que me negase su pulóver. Te aclaro.

BENYA.— Perdoname.

DACIA.— Otra cosa que no entiendo. Pedir perdón a cada rato. Los hombres, son los hombres los que hacen eso. Cansa.

BENYA.— Perdoname. ¿Vos creés que yo no pienso en vos? (Vos creés eso.) Pero yo pienso en vos. Mirá, traje más discos. Hay muchos que no se pueden leer de quién son. Las etiquetas, ¿ves?: Se borronearon, tanta agua... tanta lluvia... Por ahí alguno es de Iris. (*Se sienta sobre el combinado.*) ¿Probamos?

DACIA.— Probemos. (*Dacia se sienta también sobre el combinado. Música.*)
Prueba con gran atención. Dacia a la música. Benya a Dacia.

DACIA.— No, no es Iris.
Prueban otro.

DACIA.— ¿No escuchás que es varón?
Prueban otro.

DACIA.— Sacalo. ¿No te das cuenta que no canta nadie?

BENYA.— Perdoname. (*Se ríe.*)

DACIA.— ¿Decime, y el cartelito quedó, nada más?... ¿solito? ¿Todo incendió? Todo así: ¿fuego?

BENYA.— Los rumanos son así...

DACIA.— (*Bajo.*) ¿Cómo?

BENYA.— ¿Ves cómo sos?

DACIA.— ¿Cómo?

BENYA.— Antes no me querías escuchar y ahora vos me preguntás.

DACIA.— No, ¿por qué decís los rumanos son así? ¿Por qué? Porque sabés que los rumanos tienen hijos en los caminos y los dejan. Los van dejando. ¿Eso decís?

BENYA.— No. Escandalosos... ruidosos, bah. Yo también quiero a los caminos. Ser nómade. ¿No me convidás algo...? no digo un té... (*Dacia pone una naranja sobre el combinado.*) Ser nómade... gracias, eso me gusta. Andar por los caminos... (*Benya abre la naranja en gajos.*)

BENYA.— ¿Querés preguntarme algo? (*Come naranja.*) Primero me criaron unos vecinos, unos buenos vecinos y después ya sí, me largué por los caminos, itinerante. Trabajos, tuve trabajos... distintos. ¿Hijos?, hijos no. El que más me gustó fue el último: un frigorífico. ¿Vos trabajás? (*Come un cuarto y tira la cáscara.*) Probemos otro disco. (*Se baja del combinado.*)

DACIA.— ¿Por qué lo tirás?

BENYA.— Porque se terminó. (*Dacia lo mira.*) Me lo tomé (el jugo). (*Levanta el pedazo de cáscara.*) En el frigorífico lo mismo. Me robaba un pedazo de carne, lo apretaba...

DACIA.— ¿Vos robás?... ¿Carne robás?

BENYA.— La carne la tiraba.

DACIA.— ¿A dónde la tirabas?

BENYA.— Lo que te quiero decir es que me tomaba el jugo. Y tiraba el pedazo de carne... seca. Así me alimentaba. Por eso la tiré. Para mí lo importante es el jugo, el resto es... la muerte.

DACIA.— ¿Todo lo seco te parece así?

BENYA.— Sí. Eso lo aprendí de las gallinas. Y de la buena vecina Delia, la que me crió. Mataba la gallina por el cuello. La agarraba...

DACIA.— Cogote. Se dice cogote, porque no es persona, es animal ¿Me das uno?

BENYA.— Sí, perdoname... (*Le da en la boca un gajito.*)

DACIA.— Y por el cogote... ¿qué?

BENYA.— (Ah, sí.) Le cortaba la cabeza. Después la agarraba de las patas, boca-abajo...

DACIA.— Pico, pico-abajo...

BENYA.— Pico-abajo (porque es animal)...

DACIA.— No, tampoco... porque ya no tiene cabeza, ¿me das otro?, sería otra vez cogote. Cogote-abajo... ¿no? (*Le da otro gajo en la boca. La mira. Tiempo.*) ¿Y... la gallina?

BENYA.— Y cuando no chorreaba más, del cogote, se la llevaba a la cocina. Y la

desplumaba. Quiere decir: que hasta que no perdía la última gota estaba viva... Ahí moría. La cabeza quedaba en el suelo.

DACIA.— ¿Y cuando perdía la última gota se moría?

BENYA.— Sí. La gallina sí. No sé la cabeza. A vos qué te parece: ¿la cabeza se muere al mismo tiempo? Yo no sé. (No estoy seguro.) Me parece que no. Por eso la juntaba y me la guardaba en el bolsillo.

DACIA.— Te gusta juntar porquerías.

BENYA.— No. (*Se pone mal.*) ¿No ves que vivo a mínimo? Música, nada más. La guardaba porque podía estar viva. La carne seca, sin jugo... muerta. Eso tiraba. ¿Probamos otro?

DACIA.— Todo lo seco... te parece así... ¿muerto?...

BENYA.— Sí (como la gallinacuerpo). Miraba el pedazo seco y veía el cadáver.

DACIA.— ¿Acá también? (*Le muestra la naranja que comieron. La abre.*)

BENYA.— Esto es una naranja.

DACIA.— Por eso, ¿acá lo ves?

BENYA.— No. (*Muerde la naranja.*) Perdoname, no sé... me dieron ganas de... y preferí morder la naranja. Además para que veas que no es un cadáver. Un cadáver no mordería.

DACIA.— Ah, qué suerte... como robás y hablás así del jugo, como papá, pensé que podría ser tu hija, y como yo quería que fuésemos hermanos y a vos te gusta sentirme mamá... (*Se levanta, junta los restos de la naranja y empuja el combinado.*) Dame un disco.

Benya le pasa un disco. Dacia se lo pone entre las piernas y trata de mirarse.

DACIA.— ¿Y acá lo ves?

BENYA.— ¿Qué?

DACIA.— El cadáver, ¿lo ves?

BENYA.— No veo nada.

Dacia se sube un poco el disco, él no ve. Quiere meterse. Dacia lo corre para que mire solamente por el disco. Lo va subiendo un poco. Se ve parte de la sujeción. Cae jugo sobre el disco.

BENYA.— ¿Qué tenés ahí? Dejame ver... *(Intenta morderla.)*
Dacia se saca el disco.

DACIA.— Y bueno: maduré. Para una mujer que tiene como madre a un padre, es así. Muy normal. “Maduración tardía, Dacia”.
Benya guarda el disco. Dacia llora.

BENYA.— ¿Por qué las mujeres no dejan que se las mire? Delia, la buena vecina, lo mismo, “Vos querés ver todo, espías todo”, “ojos en la nuca tenés”, “te los voy a hundir” me decía. ¿“Maduración tardía” dijiste? No llores, perdoname... Te mordí para que veas que no sos un cadáver, un cadáver yo no...

DACIA.— No lloro porque me mordiste... no sé si lloro de alegría porque ya soy jugosa, y se nota que Rumania es jugosa, lluviosa... *(Llora.)* o porque estoy mal, porque me puedo quedar seca; o por vos: ¿Para qué me contaste lo de la gallina? Vos, sos vos que me hacés ver cosas tristes. Siempre lo mismo... Sos vos.
Le tira los pedazos de naranja al pecho. Benya se va.

BENYA.— Por qué las mujeres no dejan que se las mire, me pregunto.

El padre sale del cajón y acomoda las plantas en línea diagonal al aire caliente que sale del cajón-invernadero.

DACIA.— Papá, ¿cómo es?: las mujeres no dejan que se las mire, o los hombres no saben o no les interesa. *(El padre da vuelta la maceta de Dacia y sigue llevando plantas.)* A las mujeres, ¿hay que mirarlas a la cabeza, o no? ¿Y si no las miran se secan? *(Tiempo.)* Y los ciervos ahogados, papá, no serían hijos, Muchos Rumanos Hijos; ¿qué pasa, papá?: se caen o los tiran a los arroyos ríos. *(Y ahí quedan pataleando semiahogados.)* Decime, ¿Rumania hace eso con los hijos?

PADRE.— ¿Qué decís? No son propias de vos esas preguntas. *(Lleva una planta hasta Dacia.)* Hay que trabajar. *(Hace un corte.)* Chupá acá. *(Siguiendo acomodando plantas.)* Estoy contento, Dacia, la naturaleza forzada a producir es el único remedio. Te dije que no iba a permitir que la humedad nos pudra todo, todos nuestros años de trabajo. No. El aire caliente está mejorando las plantas. Sí, Dacia: Observé las que llevé al cajón-criadero, y cambié el estado fenológico, tanto en las plantas nucleares como en las seleccionadas.

DACIA.— No me gusta chupar esto, es amargo, áspero, tiene hilachas, agrio...

PADRE.— Ya sé, Dacia, ya sé, es cierto, con los naranjos agrios me equivoqué, no tendría que haber usado una especie extranjera como planta nuclear. *(Va hacia Dacia.)* A ver cómo está eso. *(Mira el que chupó Dacia.)* Un poco más. *(Hace varios cortes.)* Primero alisa la superficie.

DACIA.— ¿Tantos cortes, papá?

PADRE.— Sí, injertaciones sucesivas de yemas potentes y yemas durmientes. ¿No ves que la humedad afecta más a las plantas jóvenes?... no hay otra manera de envejecer los pies de naranjos agrios que con injertos sucesivos. Hay que sacarle ese vigor juvenil, sin alterar su constitución genética... *(Le pasa los cortes para que los chupe, los mira.)* Fidelidad varietal, productividad, sanidad. Eso, sanidad... sin tristeza, sin virus. Un jugo... jalea, denso, sano, pesado, nutriente, maravilloso. *(Me entusiasmé.)* ¿Qué te parece?

DACIA.— Y a mí... que así... blanquito... papá...

PADRE.— Dacia, por favor. *(Levanta la planta y se lleva.)* Preparo las púas y vuelvo.

PEQUEÑO CANTO RUMANO

ESCENA 3 (LA FLORESCENCIA)

BENYA.— *(Entra con el combinado de espaldas.)* Yo nací y llovía. Perdoname. *(Escupe el suelo.)* No quiero que te enojés, prefiero que te enamores de mí. Acá lo tenés. *(Le da el pulóver.)* No te lo di antes porque estaba un poco mojado... lo estuve secando.

DACIA.— Gracias. *(Se pone el pulóver.)* ¿Y eso? *(Benya tiene un disco colgando con una sogá del cuello.)*

BENYA.— *(Lo encontró.)* Para vos. ¿Lo probamos?

Ponen música. Se escucha un disco rumano de mujer rayado. Mucha quietud. Dacia canta, sobre el disco rayado, la canción entera. Gran transformación en los dos. Dacia se desplaza arrastrando la maceta, baila y canta. Siente cambios en su ojo izquierdo. Benya sobre el combinado, lo escupe como besándolo.

DACIA.— Me siento bien, no sé... floreciente, desgajada, nueva. Tiene olor dulce.

BENYA.— ¿Mi pulóver?

DACIA.— El rumano. Mirame. ¿No sabés lo que me pasó? Te cuento, ¿querés? Vení, abrazame, ahora podemos estar juntos, vení...

Dacia, arrastrando la maceta, con un pie adentro, va hacia Benya, estira el pulóver que tiene puesto y lo abraza. Asoman las cabezas de los dos por el cuello del pulóver.

DACIA.— Mirame. Si querés... chupame un poquito

BENYA.— *(Casi a la vez.)* No, no, yo te cuento. Yo. Estoy contento, estoy tan bien. Soy otro. Otro hombre. Estoy tan contento. Mirame vos.

DACIA.— Otro, otro hombre, ¿vos también?, no quiero que me incrusten más. Tomá. *(Sale del pulóver, queda Benya con el pulóver puesto.)* Mejor lleváelo. Gracias.

BENYA.— ¿Por qué? Te quedaba lindo.

Los dos sentados sobre el combinado. Se acercan más. Él la mira. Los dos muy excitados. Ella le está por dar teta.

DACIA.— Te veo y veo un camino, el costadito. Llueve.

BENYA.— Nací y llovía. Te lo dije yo.

DACIA.— Te veo y veo un bebé prendido a mi teta. Ahora si querés... vení, despacito, chupame, el juguito, con un bracito azul-morado, por el frío y la lluvia seguro...

BENYA.— ¿A tu teta? No quiero chuparte, quiero escucharte, ¿qué más ves?... ¿fuego?

DACIA.— Un árbol, un tronco añoso y medio hueco, hay un ciervo muerto adentro, con media cabeza afuera... parece que está por nacer. Del árbol.

BENYA.— Impresionante.

DACIA.— Dale, chupame un poquito, frotate acá... si me desnudo, ¿te gusto?

BENYA.— Sí, esperá, esperá, no quiero... Sabés cómo me decían: "Sos un Adonis". No por lo lindo sino porque nació de un árbol... Como yo. Cuando a mamá la tiraron del auto, se metió en el hueco del árbol y ahí nací (en el árbol, lo único que había, ahí me guardó) y ahora vos ves eso *(Llora.)* Sos extraordinaria... *(Va a tomar teta y se interrumpe.)* Maduración tardía, ¿será eso? ¿Cuántos años tenés?

DACIA.— 35.

BENYA.— Claro, años concentrando hormonas puede producir cambios genéticos, alterar la visión. Es científico.

DACIA.— Científico... dejá de explicarte todo.

BENYA.— ¿Vos decís porque los pensamientos modernos... científicos, el racionalismo científico fracasó?

DACIA.— Yo digo que me chupes. ¿Y?

BENYA.— Y que tenés razón. Otra vez tenés razón. A mí me parece lo mismo. Fracasó. ¿Vos tenés algún movimiento-pensamiento preferido?

DACIA.— No sé, chupame mientras charlamos. No sé, el sonorismo realista rumano o sensitivo realista, ¿me chupás?

BENYA.— Entonces, si no es la ciencia (por qué me ves así...chiquito... naciendo), ¿será el poder de la música?

DACIA.— O del jugo, o del pulóver...

BENYA.— O el poder del ojo.

DACIA.— Sí me gusta: el poder del ojo.

BENYA.— Dame teta.

DACIA.— Te doy porque me lo pedís... Pero no puedo ser tu mamá... No puedo todo junto, preferiría que me... Tampoco puedo ser tu hermana ni tu hija, sos muy joven... sos un auto. Un auto... La puerta se cierra, el auto se va, llueve, un portazo, chupame, chupame, ya. No: es la llama de un relámpago... No muerdas. *(Se miran con gran atención.)* Cuidado.

Benya le acomoda el vestido. Dacia vuelve a la maceta. Benya se vuelve a colgar el disco, lo besa y se va llorando. Dacia va a su lugar con la maceta, el ojo late. Movimientos muy lentos.

El padre vuelve con las mangas del pulóver en tiras, y elementos de trabajo. Levanta a Dacia en brazos de la maceta y la lleva atrás, a las plantas del fondo. Se sientan sobre la tierra del árbol. Momento de trabajo. Hasta terminar los injertos.

PADRE.— Vamos, al trabajo. Vos removés la tierra, la aireás, yo cubro las heridas.

DACIA.— Papá, ¿por qué tantos pulóveres?

PADRE.— Dacia, ya sé. No me digas nada. Era un pulóver nada más. No había otro elemento mejor para recubrir, más seguro, no sé, me da confianza... (Ahora es útil...) lo rompí...

DACIA.— No, papá, son muchos, ¿por qué tantos? Los tenés entre las piernas, pegoteados.

Yo los veo. Te quedan lindos. Y la boca, papá, por qué te bailan los dientes. Me da risa. Son graciosos.

PADRE.— Dacia, ¿qué decís? Sé coherente

DACIA.— Y ahora uno se te cae.

PADRE.— Sé coherente, Dacia... no acompañás, arruinás.

DACIA.— Eso veo.

PADRE.— Ese impulso familiar de arruinar y no entender, entendé, Dacia: hay que trabajar. Vamos. Remové.

DACIA.— Yo quiero ser coherente, pero no tengo una visión. Una sola visión. Una visión simultánea. Veo como cuadros, discontinuo, sin sincronización... Veo algo, y eso se me distorsiona enseguida, y es otra cosa. Como una repetición. Eso puede ser coherente. Me esfuerzo por racionalizar. ¿Te cuento lo que veo?

PADRE.— (*Se acerca.*) Tapate ese ojo, el izquierdo. (*Inserta una púa y la ata.*) ¿Desde cuándo te pasa?

DACIA.— Recién un amigo... rumano, un hermano podría ser, me trajo unos discos, me prestó un pulóver y ahí cuando escuchamos... un disco viejo-rayado, se me desajustó el ojo izquierdo. ¿Porque es el ojo izquierdo, no? El pulóver se lo devolví enseguida. No te preocupes. ¿Será tanto jugo?

PADRE.— Tapátelo de una vez.
Dacia arranca una naranja de la planta y se tapa el ojo.

DACIA.— Me asustás. ¿Qué tengo? Decime por qué te preocupás tanto. (*Silencio.*) Me la puedo correr un poquito, pica, me arde... me parece que agarré una especie muy concentrada... (*Tiempo.*) Esto te va a gustar: ¿sabés lo que vi (cuando escuché esa música)? Me vi como una flor, chiquita, de naranja, que se abría. El instante exacto en que se producía “la floescencia”, pero detenido... Me emocionó.

Padre abre y le restriega con furia la naranja en el ojo.

DACIA.— ¿No te gustó? (*Tiempo.*) ¿Qué tengo?... Yo traté de explicártelo: “la floescencia”...

Padre se levanta y abre las hileras de plantas sobre las que trabajan.

DACIA.— Lástima... pensé que te iba a gustar. ¿No es natural?

El padre lleva a Dacia otra vez a la maceta, vuelve a mirarle el ojo, vacía media naranja, la llena con tierra y se la aprieta al ojo de Dacia.

PADRE.— Son unos puntos verdes... unos puntitos verdes. Nada más. Seguro que se te va a pasar... Una pigmentación... transitoria. La tierra cura. A algunas variedades de naranjas les pasa lo mismo; las sanguíneas por ejemplo, o la Moro, o la Tarocco. Una de mis preferidas, además. Varían el color, los pigmentos que sintetizan, según las condiciones en que se cultiven.

DACIA.— Puede ser un problema climático, tanta lluvia, humedad, no sé, pienso... Yo también traté de explicártelo, “la floescencia”, de una forma... natural... no te vayas ¿qué tengo?...

PADRE.— Iris es nombre de flor...

DACIA.— ¿No querés eso, lo natural? ¿Qué querés, papá?

PADRE.— Sos otra. (*Se va al cajón-invernadero.*)

DACIA.— No veo nada, veo todo oscuro. El otro ojo sigue tranquilo, ve coherente, como vos querés... Está tapado, el incoherente, el virado, pigmentado digo, no hay más problemas. Volvamos al auto, volvamos a mamá. No veo nada, pero paseemos.

PEQUEÑO CANTO RUMANO

Dacia con un parche de cáscaras de naranja en el ojo.

BENYA.— (*Entra con el combinado de espaldas.*) Yo nací y llovía. Perdoname (*Escupe el suelo.*) Vengo para que sigamos. Para que me mires con “el poder de tus ojos”. Mirame. (*Se da vuelta.*) ¿Por qué tenés ese parche? Es horrible.

DACIA.— Te adaptás. Papá no quiere que mire con este ojo. La tierra cura.

BENYA.— Sacate esa cáscara, a ver si perdés “el poder”, si te cambia la visión.

DACIA.— No es cáscara, es naranja y “no es la visión. Es el ojo, Dacia”. Palabras de papá. Y: “Tener un ojo nuevo es el único descubrimiento verdadero”. Palabras de... palabras.

BENYA.— Sos otra.

DACIA.— No, no soy otra. Soy misma. Misma yo. Misma ropa, misma maceta, misma cara, mismo disco.

Dacia le saca el disco que Benya trae colgando en el cuello y lo parte contra el combinado.

BENYA.— ¿Qué te pasa? ¿Por qué lo rompés?

DACIA.— Estaba roto.

BENYA.— No estaba roto, estaba rayado. Lo rompiste vos. Y yo te vi. Rompés todo. Sos vos. De chica, de grande...

DACIA.— Qué importa si lo rompí o si se rompió. Para mí está roto. Su voz no me dice nada, papá no me dice nada. Me siento como si flotara dolorosamente, sin existencia. Sin aproximación, sin recuerdo, sin imagen amorosa... qué desolación...

BENYA.— ¿Tu papá habla así?

DACIA.— A veces en los paseos... Papá no, papá es más técnico. Por ahí me apareció algo de mamá.

BENYA.— De alguna manera los padres siempre aparecen.

DACIA.— No, no aparecen. ¿Por qué decís que aparecen? Si sabés que no. A mí me dejó a horas, 45 minutos de nacida. Ni siquiera sé si estuvo para mi segundo nacimiento. Y con vos un poco más, cuánto estuvo: ¿dos años?, ¿no?

BENYA.— Y apareció.

DACIA.— ¿Apareció? ¿Querés decir que volvió?

BENYA.— No exactamente... Yo la encontré.

DACIA.— ¿Por qué no me contaste? ¿Cómo? ¿Dónde?

BENYA.— La encontré a la salida del frigorífico, en un bar, borracha. Entro al bar y la veo, la escucho: esa voz ronca y el rumano acá... el olor. Tomamos cañas, dos. Unos vasitos de vidrio acanalados... Le espanto una mosca...

DACIA.— ¿Bailamos? *(Se sube al combinado. Hace chasquidos.)*
Los dos sentados sobre el combinado.

BENYA.— *(Sorprendido.)* Sí, primero bailamos. Después nos subimos a un taxi. Le doy la dirección de mi barrio, donde me criaron esos buenos vecinos, por los suburbios. Cuando llegamos, le saco la cartera y con la correa lo enganchó al taxista y le tiro la cabeza para atrás, con violencia. Me sorprendí. Pude haberlo estrangulado.

DACIA.— ¿Y qué pasó? Me gustan los hombres que se sorprenden de su violencia.

BENYA.— El taxista se asustó, bajó del auto y salió corriendo. ¿Entonces, como hombre yo te gusto?

DACIA.— No seas tonto. Hablo de esa violencia que salta, lo irracional que se expande, el reverso, como dar vuelta una naranja exprimida y de pronto es blanca y uno no lo sabía... algo así. Qué curioso, con ella, ¿no? ¿Y qué pasó?

BENYA.— Estamos los dos solos, en el taxi. Miro por la ventanilla y veo mi casa; o mi ex-casa. Un pedazo de terreno. Seco.

DACIA.— ¿Un cadáver?

BENYA.— No, un terreno. Ni siquiera basura tiran los vecinos. Vacío. Y los troncos semi-quemados de los dos naranjos. Y, aunque no lo creas... Años que no lo veía ¿eh?, todavía estaba el cartelito-verde-letra manuscrita...

DACIA.— ¿Y ella, tu mamá digo, lo mira el cartelito?

BENYA.— *(Se tira sobre ella.)* No sé. *(Llora más.)* Eso nunca lo pude saber. Se me tira encima, se ríe.

DACIA.— ¿Cómo se ríe? ¿Se ríe como si le doliera o como si viera algo que no tendría que ver? ¿Cómo se ríe? ¿Como yo? Mostrame.
Los dos se ríen.

DACIA.— Yo no sé si me río porque me duele o porque espío algo...

BENYA.— Obsceno, decilo. *(Entre risas crecientes.)*
Dacia se le tira encima, se ríe, le baja los pantalones: siguen peleando.

DACIA.— Dejame que te espíe. Dejame espiarte.
Benya se baja del combinado apurado, no se llega a prender el pantalón, arrastra el combinado con Dacia encima.

BENYA.— Bajate. ¿No ves que me voy?

DACIA.— No. *(Tiempo.)* Estoy bien acá. No me bajo.

BENYA.— Me gustan los autos.

DACIA.— ¿Qué?

BENYA.— “No, estoy bien acá. No me bajo. Me gustan los autos”, lo mismo que me dijo ella. Y saca la lengua, así, perpendicular al parabrisas.

DACIA.— ¿Y no será que no se bajó porque vio el cartelito?

BENYA.— (*Llora.*) No lo sé, otra vez lo mismo. (*Llora.*) Eso no lo sé. Porque no me deja mirarla a los ojos. Besarla, sí, en la boca, la cara. Eso sí, se deja. Pero que le vea los ojos, no. “Nadie sospecha la pesadilla de mi vida, ojalá me hubiese dejado arrancar los ojos”, dice. Arranco el auto.

DACIA.— Arrancarse los ojos y arrancar el auto, ¿te das cuenta?

BENYA.— Una simple coincidencia... una misma palabra que remite a dos acciones diferentes.

DACIA.— Ella, mujer, te habla de arrancarse los ojos y vos, varón, arrancás el auto. No es una coincidencia, es típico. Papá le arrancó el pulóver a mamá.

BENYA.— Yo arranco el auto y ella no me habla más. Enmudece.

DACIA.— Eso también es típico de madre.

BENYA.— Vuelvo a estacionar. Y ahí habla de nuevo. “Besame”, me dice, “como si no estuviera hecha una ruina, como si no te importara mi decrepitud, mejor, como si no existiera”. Yo trato de calentarme con ella. Me froto contra su cuerpo. Se desnuda despacio, se saca primero los pantalones, muy anchos abajo, y después una blusa roja. Vestida seguía teniendo buenas formas, pero desnuda tenía el pecho flácido y la piel colgando de los brazos. La beso. “Ahora”, me dice. La toco toda desde los pies hacia arriba y cuando pienso que puedo penetrarla... Arranco el auto, abro la puerta y la tiro al camino. No creo que haya sobrevivido. Fue un encuentro a destiempo.

DACIA.— La buscaste para matarla.

BENYA.— (*Cae agotado.*) Puede ser. O para andar en auto. No sé. Sigo manejando y a los pocos metros la rueda del auto se traba. Me bajo y encuentro la cabeza. ¿Entendés? La cabeza sola, separada de un animal muerto.

DACIA.— Ya sé: te la guardaste.

BENYA.— No, por el tamaño. Un tamaño medio.

DACIA.— ¿Medio como qué? ¿Como un auto medio?

BENYA.— No. Como un (vinado) venado. No me impresionó. Tiene los ojos tranquilos. No parece muerta. Creo que no, que la busqué porque la amaba, pero cuando la encontré, no sé, como si la desconociera, como si no fuera la misma. Igual gozamos. Es hasta natural. Estuvo bien, digo. Siento que fue un buen paseo. Lo malo es que tuve que dejar el trabajo del frigorífico.

DACIA.— Por lo menos estuviste cerca de tu mamá. Tenés un recuerdo. Yo lo único que sé es que mi madre tenía un ojo marrón y otro virado al verde. *Benya hace unos pasos de baile rumano.*

BENYA.— Rumania también es una sobrevivencia al límite del escándalo, una arborescencia pampa que crece deformada, exagerada, extrañada, extranjera. Un dolor que hace abrir la tierra. La música nos hermana. Estoy hablando como vos, o como tu mamá, o como vos decís que habla tu mamá. ¿Te diste cuenta?

DACIA.— No me parece.

BENYA.— “Sobrevivencia al límite del escándalo”, ¿no te gusta?
Benya recoge los pedazos del disco partido, se lo cuelga. Se va.

ESCENA 4 (LA HELADURA)

Sale el padre con naranjas en la mano.

DACIA.— ¿“Sobrevivencia al límite del escándalo”, a vos te gusta, papá?
(*El padre le muestra las naranjas.*) Dame un poco de jugo.
El padre abre las naranjas contra la cara. Se las restriega.

PADRE.— Secas, heladas, muertas, bah. Tristeza de los cítricos, así se llama. Las plantas no producen más. No hay más. Los injertos nuevos se secaron, los brotes no prenden. Otra vez lo mismo: una catástrofe. (*Otro golpe con naranja.*) No sé si son las plantas las que enferman la tierra o si la tierra ya no nos ayuda, o si la lluvia pudre las raíces, o si es mi culpa por usar especies extranjeras... no sé... Antes el fuego... ¿Y ahora?
(*Padre se restriega naranja por la cara.*) ¿Por qué? ¿Por qué?...

DACIA.— ¿Qué pasa, papá?

PADRE.— Se quemó todo. No sabés lo que era eso. Las plantas crujendo. No quedó nada. Todos mis años de trabajo. Y ahora lo mismo. No puedo hacer nada. Ni con el calor, ni con injertos sucesivos, ni filtraciones, ni recubrimientos. Sabés que intenté. Pero no hay caso. La tierra, el pulóver, todo me falla, nos falla. (*Se sienta en maceta grande, la mira.*) La tristeza arruinó todas las plantas. Se perdió el futuro. (*Golpe.*) Otra vez.
Dacia en cuclillas sobre su maceta, el padre al lado, sentado dentro de una maceta grande, los pies afuera.

DACIA.— Nunca te vi así. Mudémonos, intentemos de nuevo... Una vez más. Ya nos mudamos... no sé... doce veces ¿no?

PADRE.— ¿O sos vos? ¿O es tu ojo?

DACIA.— ¿Yo? ¿Mi ojo?... ¿qué...?

PADRE.— Ojo virado, Dacia. Estoy viejo. Esos puntos verdes... Yo sabía...

DACIA.— ¿Qué decís, papá?

PADRE.— Cuando volvemos al auto, horas de nacida, tu mamá está igualita: semidesmayada en el asiento trasero. Igualita. Pero la puerta no está asegurada. Y eso, Dacia, es raro. Llamativo. Yo mismo la aseguré. ¿Se bajó? ¿Qué hizo? Y justo el incendio. No puede ser una casualidad. Y ahora lo mismo. Otra vez... todo seco.

DACIA.— Pero ahora mamá no está.

PADRE.— Sí está, Dacia, vos no sabés lo que pasó. Un viento impresionante... abre la puerta de atrás.... se escuchan... gemidos de ciervos y truenos... y tu mamá queda colgando, con la cabeza afuera. El viento cierra la puerta de un golpe. Y le da en el cuello. Se abre y se cierra muchas veces, y en cada golpe se le hunde más y más la chapa en el cuello. El cuello morado, la cabeza casi separada del cuerpo. Yo no la puedo agarrar, te tengo en brazos, le muerdo el vestido (beige, de jersey) con la boca y se me aflojan los dientes. Las encías me sangran (un enchastre).

DACIA.— (*Superpuesto.*) ¿Los dientes, papá? Yo lo vi.

PADRE.— Un relámpago nos ilumina, como una llama. Arranco el auto, y ahí: veo los ojos, nada más que los ojos caer del auto. Como si me gritaran: “Volveré, volveré... y seré más...”

DACIA.— ¿Eso te decían?

PADRE.— Sí, algo así. Así es como viví, vivimos. Huyendo, de ese ojo. Y ahora... ese ojo... otra vez... todo seco... Tengo ganas de llorar, ¿sabés?...

DACIA.— No, papá. Mirame. Yo no hice nada. Yo... quiero no irme nunca. No importa que esté todo seco. No importa la peste. Vamos a estar juntos siempre. Mirame, papá: Yo te voy a guiar, te voy a llevar Sudoeste, que es más seguro.

Dacia se incorpora y, con un pie fuera de la maceta, arrastra la maceta con el padre dentro hasta el árbol.

DACIA.— No pasa nada, papá, estamos juntos. Paseemos, papá, paseemos. Papá: ¿Si no fuera por vos, yo qué sería... huérfana, expósita, nonata, qué?

Padre se levanta y alza en brazos a Dacia y la apoya con dificultad en el árbol. Dacia lo sostiene atándolo al árbol con las tiras del pulóver.

PADRE.— Todos mis años de trabajo perdidos. Estoy viejo, estoy cansado. Encima vos llorás y llorás.

DACIA.— Dame teta, papá.

PADRE.— Ahí pienso en las naranjas. Abro el baúl y ahí están... La última cosecha. Unión de tierras diferentes. Las naranjas me anuncian, nos anuncian el futuro. Antes creía en eso. Podía confiar. ¿Pero ahora? ¿Cuál es el futuro ahora?... No hay más naranjas: ¿No hay más padre?
Padre se desata y baja del árbol. Amontona plantas de naranja alrededor de Dacia, que está de espaldas, prendida al tronco.
El padre se va al cajón-invernadero. Dacia en el árbol. Círculo de plantas alrededor.

PEQUEÑO CANTO RUMANO

BENYA.— (*Trae el disco roto colgando del cuello.*) Yo nací y llovía. Perdoname. (*Escupe el suelo. Llora.*)

DACIA.— ¿Por qué las naranjas no tienen futuro o el futuro se pierde con la tristeza de las naranjas? ¿Un ojo da tristeza a una naranja? ¿Si no hay más naranjas, no hay más padre? ¿Cómo es...? Mejor no me contestes nada. Yo te conozco. Todo lo que me digas me va a poner mal, peor..., sos vos, vos...

BENYA.— ¿Y vos? (*Llora, le muestra el disco.*) Rompiste a mi mamá.

DACIA.— ¿A mi mamá? ¿Mi mamá, dijiste? Rompí un disco... ¿qué decís?

BENYA.— ¿No entendés?... Este disco... tu voz... Sentí a mi mamá viva, cariñosa...

DACIA.— ¿Iris?... (¿Tu mamá?)

BENYA.— Iris. Ya está. No importa, te lo tenía que decir. Está muerta y no me impresiona (como la cabeza). Estuvo cerca... ya está... murió, nunca signifiqué nada para ella. Lo acepto. (*Llora, besa el disco.*)

DACIA.— Iris no es mi mamá.

BENYA.— ¿Por qué lo rompiste...?

DACIA.— Iris es el nombre artístico. Se llamaba María Banus, Sofía María Banus.

BENYA.— Es lo mismo.

DACIA.— ¿Cómo? Me querés confundir. Vos querés decir que... la borracha. Quiero bajar. Ayúdame. ¿Quién es mi mamá?

(*Lleva el combinado hasta el árbol.*) La que canta rumano oblicuo (y todos aplauden); la que empujaron (ya ni sé cuántas veces, pobrecita) por la puerta de atrás del auto; la que parece cierva por los vellos. A lo mejor es la cabeza que encontraste. O por lo que vos decís: una borracha que va en taxi, que puede incendiar todo. Y eso no lo decís vos solamente. Papá piensa lo mismo. Al final es un peligro.

Dacia baja y se sienta sobre el combinado.

DACIA.— Lo tenemos que romper.

BENYA.— Otra vez.

DACIA.— No, el disco no; el ojo. Me lo tengo que sacar.

BENYA.— ¿Qué decís? No estoy de acuerdo, cómo te vas a sacar un ojo. Es tu ojo, no es un disco.

DACIA.— No, no es mío. “Ojo virado, Dacia”, “Yo volveré”, “Voy a volver”, dijo. Es mamá. Es el ojo de mamá. (*Pausa.*) Lo arrancamos con el disco: “Transponiendo cielos”. Yo sé. Papá ya lo hizo. Dame.

BENYA.— ¿El disco?, no. Es mamá. (*Lo besa-escupe.*)

DACIA.— No entendés. El disco es Iris, la cantante. El ojo es María Banus,

DACIA Y BENYA.— Sofía María Banus,

DACIA.— ...la verdadera. ¿Te das cuenta?: (*Se miran.*) Es mamá.

DACIA Y BENYA.— Es el ojo de mamá.

DACIA.— Es muy peligroso. Ayúdame. Vamos a arrancarlo juntos.

BENYA.— No, no me parece. Es un ojo, no es un disco. No...

DACIA.— Porque no sabés lo que hizo, este ojo solito ¿eh?, terminó de arruinar todo. Los injertos, los brotes, secó todo. Traé la tierra acá. Mirá cómo estamos todos, todos mal. Traé la tierra acá. Vos estás mal, papá está mal. Pensá en el combinado. Traé la tierra acá. ¿Y si lo miro un rato y se incendia?... pensá: las maderas crujendo... (*Lo mira.*)

BENYA.— (*Apoya la maceta, se sienta.*) Está bien.
Le pasa el disco. Se miran. Tiempo. Pequeña arenga.

DACIA.— No queremos este ojo de mamá.

BENYA.— No.

DACIA.— Mamá que no supo retenerme; y me lanzó... así, con despreocupación, a la cavidad de un auto.

BENYA.— Y que me dejó nada más que un cartelito, verde, manuscrito...

DACIA.— No queremos este ojo de mamá.

BENYA.— No.

DACIA.— Mamá que no me dio teta.

BENYA.— Y que no fue capaz de aclararme siquiera si lo vio o no. Y me dejó en los caminos, con esta duda para siempre. No.

(*Dacia mete la cabeza en la maceta.*) Esperá. (*Se saca el pulóver. Lo escupe.*)

DACIA.— Gracias. ¿Por qué me lo das?

BENYA.— Porque como hombre siento que tengo que hacer algo. (*Le ayuda a ponérselo.*)

DACIA.— Mejor no me mires ahora. (*Se saca la naranja-parche.*) Tenela.

Dacia pone la cabeza dentro de la maceta. Benya vacía la media naranja-parche y la da vuelta. La naranja se ve blanca.

DACIA.— No lo puedo agarrar, se me escapa... “Dacia, dos incisiones, forma de T, pero dada vuelta, invertida”, ¿entendés? (*Pausa.*) Una rayita abajo, un puntito arriba. Ya está.

BENYA.— ¿Y ahora?

DACIA.— “Unir las dos, Dacia, con un corte longitudinal de”... ¿cuántos centímetros te parece? ¿Cuatro? (más no tiene.) (*Tiempo.*) Ahora todo se cubre, “Dacia, la capa de piel y carne recién arrancada...” (*Tiempo.*) No hay más peligro. Acá lo tengo. Ay, vení, me da miedo.

BENYA.— Lo enterramos. De eso me encargo yo. Ya te dije. Soy el hombre.

Dacia vuelve a ponerse el parche, pero dado vuelta. Le chorrea líquido blanco por la cara.

DACIA.— ¿Y con el disco qué hacemos?

BENYA.— Lo enterramos también. Juntos.

POST-ESCENA

(La nutrición o Cuajado de fruto: la teta)

El mismo lugar. Sin lluvia. El padre sale del cajón-confesionario-invernadero con la parte del pulóver que queda, especie de chaleco.

PADRE.— Estoy aliviado, nuevo. No sé por qué esperé tanto, el corazón me pesaba, 35 años. ¿Por qué? Te veo mejor, en realidad veo todo más claro. A propósito, ¿quién es este joven que veo acá?

DACIA.— Benya.

PADRE.— Benya ¿qué?

BENYA.— Benya solo. No tengo apellido, es decir, no tengo padre.

DACIA.— No tiene trabajo.

BENYA.— Nunca fui más que eso, Benya...

DACIA.— No tiene casa, ¿nómade? “Vive a mínimo”, él dice así.

BENYA.— Pero me gusta. Estoy conforme.

Padre busca la maceta de Dacia. Entra al cajón-invernadero. Benya y Dacia terminan de enterrar la maceta en el combinado. El padre trae otra maceta, la prepara con tierra y vuelve a plantar a Dacia.

DACIA.— Yo pensé, no sé cómo lo vas a tomar, le gustan los jugos... A lo mejor podría quedarse... ayudarnos. Quiero decir, me gustaría que se quede. No sé si voy muy lejos, muy rápido...

PADRE.— No. Está bien (me parece) perfecto.

DACIA.— Papá ¿(estás) seguro? Así nomás, no te importa. Mirame.

PADRE.— Preciosa, estás preciosa. Dejó de llover, ¿escucharon? Todo vuelve a estar bien. La naturaleza no nos deja. Es cuestión de tiempo y de trabajo. Después de esta lluvia, de esta tormenta es bueno eso, un vástago. Manos masculinas. Eso nos hacía falta.

DACIA.— No pensé que lo ibas a tomar tan bien.
Se acerca exageradamente a Benya.

PADRE.— Benya, Benya era ¿no? La naturaleza no nos puede dejar. Exageré. Benya ¿no?, ¿estás dispuesto? Las plantas al calor.

BENYA.— Sí, dispuesto.
Nuevo trabajo. Llevan plantas al cajón.

PADRE.— La tristeza nos arruinó todo.
Benya lleva las plantas contra el cajón. El padre las entra. Dacia acota sobre el trabajo.

PADRE.— Mata al floema, es muy grave, las plantas decaen, tienen clorosis, deformaciones, hasta que se secan y se mueren. Puede ser rápido (en un plazo corto) o progresivo (años). Pero es irreversible, salvo que se limpie todo dejo de tristeza en profundidad.

BENYA.— ¿Y eso lo haríamos acá... digo ustedes producen acá?

PADRE.— Sí, acá. Forzar la naturaleza a producir. Ése es el único remedio. Antes teníamos plantaciones pero (digamos) se quemaron. Una historia muy larga, coincidió con la devastación europea posguerra...

DACIA.— (*Tratando de interrumpir.*) Sí. Yo fui el fruto. Soy ¿no? No notás nada papá, nada... ¿Nada nuevo? Mirame.
La mira de cerca.

PADRE.— ¿No estás contenta?, estás rara. ¿Qué hacés con ese pulóver?

BENYA.— Perdóneme. Se lo di yo.

PADRE.— Un pulóver de hombre. Y lo dejaste... así... desnudo.

DACIA.— Está desnudo.

BENYA.— (Perdóneme.) No estoy desnudo, tengo... pantalones.

DACIA.— Tiene pantalones.

PADRE.— No hay peor desnudez que un hombre sin pulóver.

BENYA.— Yo vi otras. (*Superpuesto.*)
El padre se saca el pulóver-chaleco.

PADRE.— Tomá.

DACIA.— A él se lo das, así... sin problema. No te entiendo.

PADRE.— Sos grande, 35 años. No hay caso, sos caprichosa. ¿O querés que te lo saque a vos y te deje desnuda?

DACIA.— No, tampoco digo eso.
El Padre se va, llega hasta el sillón, se detiene.

PADRE.— ¿Qué pasó con el sillón?

DACIA.— Benya. No sabe sentarse.

PADRE.— *(Se acerca. Tiempo.)* Sacátelo, si eso es lo que querés. Sacátelo. Soy capaz de rever mis propuestas. Benya, Benya era, ¿no? Devolveme ese pulóver. Y vos, Dacia, devolvele el pulóver a él.

DACIA.— Papá, ¿y yo? Otra vez me quedo sin pulóver, sin nada.

PADRE.— Dacia, ¿qué pasa? (Estás rara.) ¿Querés destaparte el ojo? ¿Es eso? No hay problema. No me preocupa más...

DACIA.— No. *(Se saca el pulóver.)*
Se intercambian los pulóveres. Dacia queda desnuda.

PADRE.— Así es mejor. Pensemos.

DACIA.— No será que estamos pensando mucho... eso nos puede hacer mal.

PADRE.— Sh, sh, taroca, sh. Las plantas están en tratamiento. Va a llevar tiempo. Mientras tanto necesitamos alimentarnos... Dacia...

DACIA.— ¿Mi teta?... ¿Mi savia? No quiero. Yo la madre de los dos a la vez, o ustedes... no.

PADRE.— Otra vez no, siempre no. Vengan. *(El padre los invita a su pecho.)*
Prueban en el pecho del padre.

BENYA.— Está seco.

PADRE.— Bueno, Benya, vos.
Prueban en el pecho de Benya.

BENYA.— Hay una diosa griega que se muere al parir y sigue amamantando al hijo después de muerta.

PADRE.— La difunta Correa también. Está seco también.

DACIA.— Me impresiona.

BENYA.— (Y también) Heras, no se muere, se duerme, y le da teta dormida. Y encima con la leche de su pecho forma la Vía Láctea. *(Hace forma de "Transponiendo cielos" con la mano.)*

DACIA.— Eso es lindo.

PADRE.— Y está también la loba romana.

BENYA.— Y Rumania.

DACIA.— ¿Rumania?

BENYA.— Una cierva-vieja pariendo y amamantando venaditos mojados...
Se prenden a la teta de Dacia.
Tiempo.

PADRE.— Está seca.

Padre levanta el vestido de Dacia. Desarma la sujeción hecha.

DACIA.— Papá, no estamos solos. Papá...

PADRE.— Sh, Taroca tardía, sh. *(Comprueba que la naranja usada en la sujeción está seca.)* Catástrofe. La plaga nos inundó. Dame el pulóver. *(Le ponen los pulóveres entre las piernas a Dacia, se los atan tratando de darle calor.)*

DACIA.— *(Mirando el combinado.)* Llevate eso. Llévatelo. "Volveré", dijo. Está ahí. Lo enterramos ahí.

PADRE.— Todos mis años de trabajo perdidos. Otra vez... Sin futuro. Benya, llevala al calor. Fracase. *(El padre se va.)*

Benya arrastra la maceta de Dacia, hacia atrás. Dacia queda con el resto de las plantas secas.

Benya trata de subir al cajón con el combinado. No puede. Baja, lo abre, besa-escupe y se va solo. Del combinado cae tierra.